

SE SUSCRIBE EN TOLEDO, LIBRERIA DE FANDO.

Este Boletín está dedicado á la circulacion de las comunicaciones oficiales del Arzobispado, y demás que convenga al interés del Clero.



SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.

Los señores eclesiásticos que no le reciban á tiempo, harán la reclamacion dentro del término de 20 dias, pasados los cuales no será atendida.

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

Con motivo de los acontecimientos que actualmente ocurren en Italia, el Excmo. é Ilustrísimo señor Obispo de Cádiz ha dirigido al Padre Santo la carta que tenemos el gusto de insertar á continuación, y que dice así:

«Beatísimo Padre:

El Obispo de Cádiz acude á los pies de Vuestra Santidad para hacer, por sí y en nombre de su Clero y del pueblo cristiano de su diócesis, pública protestacion de la fidelidad y amor á vuestra sagrada persona, hereditarios en nosotros.

Cuánto sea el dolor que nos han causado vuestras penas y cuán grande nuestra indignacion contra las astucias de los malvados y las violencias sacrílegas de que Vuestra Santidad está siendo víctima ha ya tiempo, no es fácil que pueda yo explicarlo con palabras; pero sí diré, porque creo conveniente hacer esta manifestacion, que nuestra union con vos, Príncipe de los Apóstoles y Vicario de Cristo en la tierra, y con esa Silla Apostólica á quien vuestras angélicas virtudes dan mas esplendor que el que de ella reciben, es tan íntima, que miramos como propia vuestra suerte lo mismo en la desgracia que en la prosperidad, hacemos nuestros los agravios que Vuestra Santidad recibe, sufriendolos con la misma amargura que nos causarían las ofensas personales, y que no hay ansiedad ni cuidado que aflija el corazón de Vuestra Santidad en este trastorno de cosas, el cual no refluya dolorosamente en los nuestros, hiriéndolos, atormentándolos y despedazándolos.

Y no porque nuestros sentimientos sean los

que corresponden á hijos de la Santa Iglesia Romana, vivimos tan olvidados de los que nos dictan nuestra vocacion y nuestro deber, que creamos contraer con esto algun mérito, ni ser acreedores á las alabanzas que, con más benevolencia que justicia, y con afecto verdaderamente paternal, os habeis dignado dispensarnos en vuestra Carta Enciclica de 10 de Enero último. ¿Qué lealtad sería la nuestra, qué amor, qué celo por la Religion, qué merced á la inefable misericordia del Señor tenemos la dicha de profesar, si cuando la vemos en peligro enmudecieran nuestro corazón y nuestra lengua? ¿Aparte Dios de nosotros tal apostasia y bajeza tan indigna de pechos cristianos! Nuestra debilidad no tendría excusa despues de los preclaros ejemplos de fortaleza que Vuestra Santidad ha dado al mundo en todo el discurso de su vida, y principalmente en esa misma Enciclica, insigne monumento de dignidad régia, así como de constancia apostólica. Natural es que nosotros, siguiendo las huellas de nuestro amantísimo Padre y Pastor, procuremos hablar, sentir, obrar de suerte que ni la mansedumbre quebrante en nuestros ánimos los bríos de la fortaleza, ni la fortaleza apague el fuego de la caridad, sino que, unidas las dos virtudes en alianza estrechísima, se auxilien y robustezcan recíprocamente. Esta es la virtud propia de cristianos; con ella nuestros padres burlaron las astucias del demonio y vencieron el poder del mundo conjurado en su daño; con ella nosotros guiados por Vuestra Beatitud, ¡oh Rey, ó Pontífice, ó Santísimo Padre! triunfaremos otra vez y otras mil.

Así que, en medio del profundo dolor que nos causan los males de la Iglesia, nos sirve de gran consuelo la firme confianza que tenemos de que ni Dios Nuestro Salvador cuyas promesas son inalterables y eternas, ha de abandonar á Vuestra Santidad, ni á la Iglesia que os ha encomendado, ni Vuestra Santidad á Dios que siempre da fuerzas proporcionadas al peso de la carga que impone, y que al llamaros para regir su Iglesia en estos difíciles tiempos, cuidó de colmaros de prudencia, magnanimidad, dulzura de carácter, humildad y mansedumbre tales, que sin mas armas que vuestras virtudes, desconcertais las calumnias de vuestros detractores, las maquinaciones de vuestros rebeldes y la soberbia de los poderosos del siglo, haciendo con vuestra paciencia y vuestra constancia que la iniquidad, que no vive sino mintiendo, se vea obligada en esta ocasion como en tantas otras á mentir contra sí misma. Esperamos igualmente que la parte de territorio ocupada por la perfidia de algunos al dominio temporal de Vuestra Beatitude y de esa Silla apostólica, dominio que por su antigüedad y legitimidad hace ventaja á todos, volverá espontáneamente y con aplauso universal de los buenos á su primitivo estado, y que Vuestra Santidad, Beatísimo Padre, á quien alienta la misma fé y que sufre las persecuciones é imita la constancia de sus ilustres predecesores los dos Pios Sesto y Sétimo, compartirá con ellos la paz, la gloria y el triunfo, cuando se levante Dios y se disipen sus enemigos y huyan de su presencia los que le aborrecen. Plegue á su misericordia, que vencido por vuestras oraciones y las nuestras nunca interrumpidas, disponga las cosas de modo que llegue cuanto antes este dia tan deseado del pueblo cristiano.

Entre tanto, ruego á Vuestra Santidad, Beatísimo Padre, que por efecto de la benignidad con que nos tratáis y del singular amor que nos teneis, os digneis de aceptar los votos, la adhesión, los homenajes de veneración y respeto que yo y mis diocesanos eclesiásticos y seculares ponemos á vuestros pies. En este concierto de voluntades rectas, en esta tan afinada armonía de los católicos que ofrece cierto lenitivo en sus dolores á vuestra alma, no es la última; Beatísimo Padre, la diócesis gaditana. Cuanto somos, cuanto podemos y valemos, aunque poco y escasamente proporcionado á tanto honor, todo es vuestro: nuestros deseos, nuestros sufragios, nuestros bienes, la misma vida estamos dispuestos á sacrificarla gustosísimos por Vuestra Santidad, y

nos tendríamos por muy dichosos si con ella ó con nuestros bienes pudiésemos redimir algunas siquiera de las acerbos aflicciones de vuestra situación.

Consentid, Santísimo Padre, que abriguemos la esperanza de que recibireis con la bondad que dispensais á todos estos votos formados en lo mas íntimo de nuestro corazón, y permitidme también os pida humildemente que os digneis de darnos la bendición apostólica, á mí á mi Clero y á todos los fieles cristianos de esta diócesis tan devota vuestra.

Cádiz 4 de Marzo de 1860.

De Vuestra Santidad amantísimo y respetuosísimo hijo, JUAN JOSÉ, Obispo de Cádiz.»

(El Pensamiento Español.)

CONFERENCIAS

DEL P. FÉLIX DE LA COMPAÑÍA DE JESUS,

EN LA CATEDRAL DE PARÍS.

(Continuacion.)

Y en el crecimiento, señores, del Cristo que vive y renace cada vez más hermoso en el cristiano, y que prepara el desarrollo y el progreso de la vida, amanece un dia más feliz y radiante que los otros, que es aquel en que el Sacramento Eucarístico proporciona al joven cristiano la posesión más completa del Cristo: dia del Cielo, que ilumina la familia, dia en que el niño, al volver del templo, trae á su Dios dentro de su propio cuerpo erigido en tabernáculo, y el cual trasforma en verdadero santuario el hogar consagrado donde la familia entera ama y adora á Jesucristo presente en un niño.

Si en tal dia además, como suele practicarse todavía en las familias profundamente cristianas, el padre y la madre, los hermanos y las hermanas han tomado asiento también en el banquete en que Jesucristo se da y se incorpora á todos, con el objeto de renovar en un mismo instante la misma participación del cuerpo, sangre, divinidad y vida de Jesucristo, ¿cómo podría yo decirlo que entónces vienen á ser unos para otros, todos estos seres, en cuya frente brilla el destello de una misma transfiguración? ¿Cómo podría explicar, en un lenguaje digno de tal misterio, la religiosa veneración de los padres para con los hijos y de los hijos hácia los padres, cuando, participando todos de la misma luz y la misma emoción, ven y sienten simultáneamente unos en otros la misma irradiación y las mismas palpaciones de la vida

de Jesucristo? ¿Cuánta elevacion comunicará á la familia el Cristo que se eleva y crece en ella de día en día, y cómo aumentará sus aspiraciones, elevará sus pensamientos, y la trasformará y divinizará en cierto modo, la idea de que Jesucristo se halla presente y creciendo en su hogar!

Y no acaban aquí, señores, los misterios en virtud de los cuales se hace palpable Jesucristo en la familia cristiana. No: todas estas manifestaciones, todas estas comunicaciones de su vida, se completan con otro misterio que deja en el hogar doméstico imperecedera memoria, y el cual es aquel en que Jesucristo se digna visitar al cristiano que no puede ir á donde él está, para marcarle con una Estrema Union, y proveerle por sí mismo, como de un Viático para la eternidad.

¡Ah! cuando, en medio de la religiosa emocion que inspira el lecho de un cristiano moribundo, la tristeza de ver á un hermano que vá á separarse de nosotros, se templa y transforma en el consuelo que Jesucristo derramó sobre el hogar y sobre los que le habitan y sobre el que vá á partir de él; cuando la familia, arrodillada y sumida en el dolor, la piedad y las lágrimas, llora al hombre que vá á morir y venera al cristiano que recibe á su Cristo; cuando oye al Sacerdote, al ángel conductor del cristiano en su último viaje, repetir, inclinándose sobre su frente invadida por la muerte, éstas palabras que solamente los verdaderos cristianos pueden oír sin desesperacion y hasta sin tristeza, *Proficiscere anima christiana*, sal alma cristiana, sal; cuando despues de escaparse la vida con el último suspiro de aquel cuerpo santificado por Cristo, todos, con una piedad impregnada de ternura y un dolor mezclado de gozo que son el duelo de los cristianos, se ponen á orar en torno del cadáver como si fuera un tabernáculo, cuando todos, por via de despedida y de última bendicion, hacen, rociándole con agua bendita, la señal del Cristo á quien ha llevado en sí toda su vida y á quien llevará consigo en la muerte; cuando la Iglesia misma, en fin, trasformando el luto de la familia en las claridades de la fe y la esperanza, viene á buscar aquellos restos consagrados por Jesucristo, y se oye en los dinteles del hogar doméstico el cántico de despedida en que las alegrías de la patria se mezclan con las tristezas del destierro para dulcificarlas, ¡cómo, deciros señores, no solamente el amor, sino la veneracion, la piedad y la religion que entonces se acumulan en el hogar donde Jesucristo se ha dejado sentir en todas las jornadas de la vida, don-

de se le siente todavia en la hora de la muerte, revestido con una magestad á quien presta mayor grandeza la gloria de inmortalidad con que adorna los funerales y corona las tumbas!

Así, pues, el Matrimonio, el Bautismo, la Confirmacion, la Penitencia, la Eucaristia y la Estrema-uncion, depositan, desarrollan ó consuman en la familia cristiana el misterio de la vida de Cristo, y preparan en todas los crecimientos sucesivos de esta vitalidad superior, los verdaderos progresos de la humanidad por medio del cristianismo. Y si á todos estos elementos de vida que se acrecen en Jesucristo y por Jesucristo, Dios tiene á bien agregar la nobleza del santuario, como solia suceder en otro tiempo entre las grandes familias cristianas que tenian la dicha de crear con su sangre un sacerdote de Jesucristo; si en una de estas familias tan ilustradas en varios conceptos por el mismo Jesucristo, suponemos que Dios ha escogido un hijo predilecto y que lo elevó á la aristocracia sacerdotal para coronar con él la grandeza que viene del Cristo, haciendo que refleje sobre ella un rayo de monarquía, entónces podreis contemplar en un cuadro abreviado, pero fiel, todos los misterios de grandeza que la Iglesia consume por medio de los Sacramentos en la familia cristiana, haciendo que Jesucristo nazca, crezca y se desarrolle en ella!

La Iglesia es quien comienza la trasformacion de la humanidad introduciendo en la familia la vida de Jesucristo, la cual debe brotar de sus fuentes en la sociedad entera para elevarlo todo á su propia altura. Y hé aqui el gran misterio consumado por la Iglesia: una presencia real de Jesucristo en el hogar, asi como hay una presencia real de Jesucristo en el templo. De este modo, Jesucristo, Hombre-Dios, continúa incorporándose por las venas de la familia en la humanidad entera, y conforme se multiplica y estiende la familia, se estiende y multiplica tambien él mismo en los espacios y en los siglos.

Pronto hará dos mil años que la palabra trasformadora de la humanidad entera resonaba sobre la cuna de un niño como un eco de la profecia, repitiéndose en la historia: Dios está con nosotros; ¡nos ha nacido un niño Dios *Emmanuel!* Esta palabra, que resonó en Belen que resonó en Nazareth, y desde allí sigue resonando de siglo en siglo y de espacio en espacio, es la misma que hoy resuena bajo el techo que alberga á una familia cristiana. Todo allí tiene voz para proclamar lo que se está realizando en su propio se-

no: *Emmanuel*; Dios está con nosotros; Cristo está aquí; Cristo está en el padre, Cristo está en la madre, Cristo está en los hijos, Cristo está en todos. Crezcamos, pues, en él de todas maneras: *crescamus in illo per omnia*; hasta que, elevándonos á su medida y plenitud, seamos hechos á su semejanza. ¡Que la vida de Cristo, que está en nosotros, se manifieste y resplandezca en nosotros, y así como tenemos por noble llevar en nosotros el timbre de su raza y la divinidad de su vida, cifremos también nuestra perfección y nuestro destino en llevar en nosotros la gloria de su semejanza y el esplendor de su imágen!

Jesucristo, en efecto, es en la familia no solamente una fuente de vida que la regenera, sino también un modelo para amoldarla; modelo de perfección que se eleva hácia Dios haciéndola á su semejanza, porque él mismo es la perfección y él mismo es Dios.

II.

Hemos dicho que la familia es la grande influencia social porque es la formación de la vida; pues bien la grande influencia de la familia cristiana es Jesucristo, tipo con el cual se forma esta familia, y causa de su inmensa elevación.

La imitación es lo que principalmente desarrolla y da forma á la vida. El hombre es naturalmente imitador; porque nacido para el progreso, siente en lo íntimo de su alma que es perfectible. Tomada en tan noble parte, la imitación es elemento esencial de todo progreso, ó mejor dicho es el progreso mismo; es el hombre que por medio de ella procura alcanzar la perfección que no posee; y esta es la razón de que en todas ocasiones y en todos parajes el hombre imita mejor ó peor, ó procura al menos imitar alguna cosa. La originalidad no escluye por cierto la imitación. Copia servil de un modelo exterior, es lo que se llama vulgaridad; originalidad, la imitación, elevada del tipo que tiene uno dentro de sí mismo, y en virtud de la cual es uno en cierto modo, artista y original de su propia obra. Ni el génio mismo prescinde de la imitación: su privilegio consiste en tomar los dechados mas sublimes, los que mas se acercan á Dios.

Fácil me sería demostraros que la imitación está en el fondo de todas las nobles artes, las cuales no pasan de ser una manera de expresar ideas ó afectos: acaso llegue un día en que pueda desarrollar este pensamiento. Mas sea lo que fuere de las demas artes, hay una para la cual la imitación es indispensable, y este arte es el

arte por excelencia, que consiste en formar al hombre á imágen y semejanza del Criador. La educación, esto es, la acción de la paternidad en la conformación del alma del hombre, es la escultura de una vida, cincelada por el modelo de otra vida, la reproducción viva de un ejemplar igualmente vivo. El niño en medio de la familia es el artista que pinta un lienzo teniendo el modelo delante; modelo es para este niño todo cuanto en el hogar se le aparece como tipo de la vida; la copia es el niño mismo. Si mira al original desde un punto bajo, la vida será rastrera; vulgar si lo observa desde mediana altura; pero si lo llega á contemplar desde un punto de vista elevado, elevada será también la vida: imitando á un dechado sublime, se sublima también la vida por sí misma y se va *elevando* (1) en el noble sentido de la palabra. Así, pues, señores, para que la vida doméstica, modelo de la vida social, ascienda á su verdadera altura, necesita un modelo vivo, el mas completo, el mas perfecto posible, modelo divino con humana forma.

¿Quereis saber, por ventura, cuál es el dechado que la Iglesia presenta á los ojos de la familia cristiana para la conformación de su vida? Entrad conmigo bajo este techo bendito que cobija á la familia cristiana y santa á quien Dios desde la bóveda celeste contempla con infinito amor porque es la que mejor se asemeja en la tierra; ved ahí los cuadros de venerables ascendientes que han dejado á la familia sus virtudes por herencia, sus recuerdos por salvaguardia, su imágen como predicación, su vida, en fin, como modelo. ¿No será suficiente para la educación de la familia imitar á tantos dignos ejemplares?...—No, dice la Iglesia; no es esto bastante para el engrandecimiento de mi raza.

Aquí están los retratos de célebres personajes que han dejado hondo surco en la historia y que, en esferas distintas, aunque brillantes todas, han iluminado al género humano: capitanes, Monarcas, legisladores, oradores, todos los que han dispensado grandes beneficios á la humanidad, ¿no será bastante seguir tan ilustres ejemplos para la educación de la familia cristiana?—No, responde la Iglesia; no es esto bastante para el engrandecimiento de mi posteridad.

(Se continuará.)

(1) Téngase presente que *élever* en francés significa elevar y criar ó educar.